

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00
" Extranjero, " . 1'50

EL CRITERIO DE LA VERDAD

En estos modernos tiempos de luchas sociales en que la actitud de los trabajadores se presenta seria y amenazadora, los privilegiados y los políticos y religiosos de toda laya procuran introducir la confusión en el proletariado, empleando, para lograrlo, la adulación y el sofisma: con lo primero quieren hacerse simpáticos; con lo segundo tratan de perturbar la inteligencia de los obreros con la duda y el escepticismo, medios que serían eficaces si los trabajadores no estuviéramos a la altura de la misión que corresponde a la única clase social que, por ser la víctima de todas las injusticias, y no ser causante de ninguna, tiene en sus manos la bandera del progreso.

Es este un asunto importantísimo, y aunque no haremos más que indicarlo, con el propósito de insistir otro día, creemos conveniente fijar la atención sobre ello a los muchos obreros que forman número en las asociaciones políticas y religiosas, pero que en realidad sólo son ceros al lado de las unidades representadas por los prohombres y ambiciosos de la política y de la religión.

En la sociedad presente, todos tenemos responsabilidad, material o moral, según el caso, en concepto civil, religioso, político, filosófico, etc. A diferencia de las sociedades pretéritas en que el paria no era persona y vivía sin religión y sin ley (pues hasta este *derecho* se le negaba), es decir, fuera de toda comunidad social y religiosa, al proletariado de hoy se le habla de un Dios creador que ampara a todos con su justicia y premia o castiga según los merecimientos y obras de cada uno; de una patria que ampara el derecho de los ciudadanos, que lo son todos los individuos, a cambio del amor, del servicio y del sacrificio, si preciso es para su defensa; de una ley cuales transgresiones son castigadas por el Código con penas que varían desde la simple y pequeña multa hasta a la muerte infamante en el patíbulo; de una filosofía que define la verdad en lo concerniente al individuo y a la sociedad.

Pero la responsabilidad sólo puede fundarse sobre el conocimiento.

Es axioma de derecho que no hay tirano en el mundo, por arbitrario y brutal que sea, que exija el cumplimiento de una ley que no haya previamente promulgado claramente; y, no obstante, esta tiranía que no cometen los despotas personales, la comete la sociedad, déspota impersonal que tiraniza a los desheredados que vegetan en la ignorancia y la miseria, a pesar de que tienen sobre sí la obligación de trabajar, y, por lo tanto, son los que desempeñan la misión social más importante.

He aquí el punto culminante del asunto.

Si no hay responsabilidad donde no hay conocimiento; si la sociedad hace responsables a un gran número de individuos que sistemáticamente reduce a la ignorancia, la consecuencia lógica es el reconocimiento de que la sociedad es mala e injusta.

La injusticia es evidenciada si se tiene en cuenta que la tierra no es de todos, sino de los que se la han apropiado y la detentan bajo la protección de la ley; que la ciencia no es para todos, ni siquiera para aquellos que tienen

aptitudes especiales para el estudio, sino para los que pueden excusarse del trabajo y van a la Universidad a buscar un diploma y un título académico para monopolizar una profesión; que la industria está organizada de manera que sólo lucra el capitalista mientras muere de miseria el trabajador.

La cuestión, pues, es sencilla. En toda manifestación religiosa, política, económica y filosófica, hay siempre una cuestión social: si haciendo el panegírico de Dios te hablan de sumisión y obediencia a los superiores, patronos, gobernantes y legisladores, no veas más sino que te quieren manso y dócil para dejarte más fácilmente trasquilado; si en nombre de la «patria», de la «libertad», de la «democracia» y del «derecho», hoy tan en boga, te piden la obediencia y el abandono de tus ideales de emancipación, ten como seguro que tratan de engañarte y de llevarte al matadero; si en nombre de la producción nacional te asustan con la competencia extranjera y te piden que trabajes más horas con menos jornal, negándote la disminución de la jornada y el aumento de salario, no dudes que esto esconde la avaricia burguesa; si un sabio te dice que en la lucha por la existencia los fuertes y mejor constituidos prevalecen sobre los débiles, y con esta teoría quiere que dejes a tus explotadores disfrutar tranquilamente el fruto de la explotación del hombre por el hombre, recházalo como a un embustero.

No puede haber un Dios para los pobres, ni un código para los desposeídos, ni teorías económicas exclusivamente contra los trabajadores, ni sistemas filosóficos para justificar la explotación; y todo lo que descubre el propósito de perpetuar la actual división social entre pobres y ricos, aunque se presente disfrazado con los caracteres de la religión, de la ciencia, de la filosofía y aun de la sinceridad, es falso, obrero lector, y nosotros te instamos en nombre de la justicia a que desconfíes de ello, y, a toda aquella aparatosa argumentación o pongas el criterio de la igualdad, única comprobación de la verdad.

Al hablar de igualdad, teniendo en cuenta la mala fe con que es interpretada por los beneficiadores de la desigualdad, repetiremos una vez más que el propósito social del anarquismo es establecer para todos la igualdad de medios de vida dentro de los límites de la acción humana, no salirse de ella para perseguir el imposible de alterar las leyes naturales, como dijo recientemente en una controversia pública un contrincante político-republicano, sino que considerando la sociedad como un conjunto de individuos unidos para la mutua y recíproca satisfacción de sus necesidades, se trata únicamente de facilitar a todos por igual los medios de su natural desarrollo.

Por esto, cuando algún obrero se halle con afirmaciones burguesas que sostengan en último término la tiranía y la explotación, inspírese en el sentido de la razón natural y justa, y, parodiando el *e pur si muove* de Galileo, proclame bien alto:

«Y, no obstante, todos somos iguales ante la Naturaleza...»

cóse en canto nocturnal, medioeval de terror y de muerte. Lejos de sentir el hartazgo por la terrible comilona antropófaga, exigen nuevas vidas, nuevas regiones que quieren convertir en cementerios, donde el pájaro agorero entonar su monótono croar, presagiando muerte.

Francia, Inglaterra y Rusia, la democracia en completo maridaje con la autocracia, procuran de nosotros—de los que no nos hemos ensangrentado las manos ni manchado las conciencias en la horrible carnicería—nuestro concurso para sacrificar nuestra vida y nuestros ideales de amor y libertad en su holocausto...

Alemania, Austria y Turquía, tremolando como los otros la bandera sarcástica de la «libertad», de la «civilización» y de la «cultura», exigen también nuestro total

renunciamento a nuestra vida y a la paz y amor de nuestro hogar...

La larga, roja y sanguinolenta estela que la humana sangría de inmensos continentes origina, amenaza, terrible, cruzar los picachos pirenaicos para internarse y envolver, en los pliegues de su manto fúnebre, las ya bastante tiranizadas, vejadas y hambrientas regiones de esta península hispana.

El grito estentóreo que en ondas etéreas transmite una generación antes laboriosa y productiva, convertida en tribus nómadas, sin pan, sin abrigo y sin el tierno beso paternal por la humana acción de Krup y las «sabias» y «geniales» instrucciones de Hindenburg y de un Joffre, no han tenido la virtud de ablandar los encallecidos corazones, revivir los humanos sentimientos de los hombres, si es que los tienen...

¡Niños inocentes, almas angélicas, inmaculadas... llorad! Llorad lágrimas de sangre. ¡Que vuestras lágrimas sean el yo acuso más terrible a la perversidad y encallamiento de vuestros padres!

¡Hombres! ¿No sentís durante el silencio de la noche, allá en el fondo de vuestro ser, algo así como un golpeteo continuo, imperceptible, que intranquiliza y desvela nuestro sueño? Es un llamamiento de nuestras conciencias que nos responsabiliza de un deber incumplido.

¿No sentís un ruido sordo, vago, confuso, semejante al aleteo de un pájaro fantástico en lontananza? Son las iras satánicas de los hombres en forma de vendabal que flagela vidas, que arrasa pueblos y sepulta ciudades.

¡Madres! ¿No oís una voz tierna, dulce, pero que su nota desgarrará el alma de un ser que no se halle pervertido? Es el lloro ingenuo, infantil, de miles y miles de niños, arrancados por una mano brutal y sacrilega del pecho de sus madres. ¡Es la guerra... ¿Consentiremos que a ese desastre semifantástico, a esa hoguera volcánica, fruto de los espíritus voraces, que achicharra vidas, que derrumba hogares, que aniquila ensueños y destruye amores, vayan a alimentar sus destructoras llamas, seres, vidas de nuestras vidas, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, por el capricho y voluntad omnímoda de los que comercian con la desesperación y muerte de los pueblos?

No, hombres; no, mujeres; ¡no, anarquistas!

No; hombres que albergáis un pensamiento, un solo pensamiento de humanidad y altruismo; no. La guerra es crimen; la guerra es barbarie; la guerra es horror; la guerra es desolación; la guerra es destrucción sin creación; la guerra es retroceso; la guerra es negación de vida; ¡la guerra es muerte!

Seamos nosotros, los anarquistas, ya que otros no es posible que lo sean, los que lancemos en este mar en que naufraga la generación presente, el salvavidas de un ideal que les conduzca a las playas que en lontananza se entrevén, de paz, de libertad, de armonía y fraternidad. ¡La anarquía!

Guerra, sí; ella es necesaria; pero guerra social por la paz. ¡Que esta guerra estalle cuando los delegados de un gobierno belicoso se presenten con el criminal propósito de arrancar de nuestro hogar un miembro sagrado.

Allí, guerra por la paz, guerra por la libertad, por nuestros padres, por nuestras madres, por nuestros hijos y compañeras. Sea cada lágrima que se ha derramado, cada grito de dolor que se ha exparcido, un proyectil que detona y un tirano que cae.

TEOCRITO

Los antros del vicio

Hay en Barcelona, como en todas las grandes capitales, algo que combatir, y que tenemos olvidado, dejado al margen como causa secundaria. El vicio.

Es preciso emprender una campaña activa, de todos los momentos, contra el vicio, contra todos los vicios. No es ya solo las casas de lenocinio que abundan y que embrutecen al pueblo, hay también los *cafés concert*, y como escuela de ellos, el juego.

Y las clases populares, esos obreros que no piensan, esos pobres trabajadores ignorantes y abandonados a sus pasiones, están dejando en los centros de corrupción, además de sus escasos medios de vida, su dignidad, su conciencia, todo lo que es en el hombre grande y capaz por sí solo de elevarle, para que piense y medite y haga algo útil en pro de la Humanidad.

Hace falta, pues, que en nuestros periódicos y en nuestros actos, hablemos del vicio, decididamente, duramente, con la dureza implacable que siempre hubo en nosotros para el mal. Si no lo hacemos así, no procederemos bien. Y nuestro proceder, en éste como en todos los aspectos, debe ser bueno. ¿Por qué pues el silencio, (que acaso acuse complicidad), para con el vicio?

En Barcelona, hay algo que se pudre, algo que ya huele mal; si no llegamos a tiempo con nuestra crítica, el vicio lo invadirá todo, llegará también a nuestro campo, lo ensuciará, y será la invasión de las pasiones malsanas, de la perversidad; y podrá entonces decirse, que no obramos bien, que no fuimos limpios, que dejamos pasar en silencio la suciedad, la infamia, a las veces el crimen, todo eso que es perjudicial y es grosero y es perverso, y que tiene nacimiento y origen en el vicio.

Ved el *café concert*. Entrad. Observad allí la perversidad de las llamadas *artistas* despertando en el macho, con sus ademanes lujuriosos, apetitos bestiales, desenfrenados, sádicos. Ved allí al hombre que degenera rápidamente; que se transforma en bestia; que hace gestos simiescos; que en su rostro se dibujan sonrisas que no tienen nada de humanas; que se contraen sus nervios en un doloroso esfuerzo brutal; que todo él ha dejado de pensar y de sentir, dominado por los deseos salvajes, ansioso de gozar la carne de la hembra, que entonces no es hembra, y que en lugar de un goce, le hace beber gota a gota el deseo embrutecedor, degenerador de la carne marchita, que conoce todos los placeres malsanos, dolorosos, masoquistas.

Ved todo esto, amigos, y decidme después si podemos continuar en silencio.

Nuestro silencio es infame. Los jóvenes inexpertos se inutilizan para toda obra buena; las mujeres del pueblo, tienen por esta causa más hambre; los niños sufren también las consecuencias de la degeneración y de la miseria, porque los padres, hermanos y maridos, dominados por el ambiente del *concert*, acuden, beben, gritan, se contagian de aquella atmósfera de vicio y brutalidad, gastan la semana, y, sintiendo la necesidad de seguir en el fango, recurren al juego, que es el sostén del antro; juegan, y si pierden, se desesperan, y si ganan, se enfangan más todavía; así son llevados inconscientemente, por la pendiente del vicio, hasta el crimen.

En pos de ellos, queda un rastro de miseria, de dolor, de todo y de sangre. Una mujer enferma; unos hijos es-

cuálidos, que llevarán en la sangre la herencia morbosa del padre; después de esta generación enfangada, vendrá otra generación podrida, y se retardará así el triunfo de nuestro ideal, porque en verdad os digo, camaradas, que para nuestra victoria amplia, total, multiforme, hacen falta hombres fuertes, sanos, luchadores, Y estos hombres, en tanto se fomente el vicio, mientras esté en su apogeo el juego, el *café concert* y la casa de prostitución, será difícil tenerlos.

De aquí la utilidad, la grandeza de nuestra oposición, de nuestra crítica, de nuestra despiadada censura para esos antros.

Fuertes para combatirlos, duros ante los hombres que se dejan dominar por las pasiones bajas, teniendo una voluntad poderosa ante los que dejaron de tenerla, ridiculizándolos, haciéndoles comprender su estupidez y su ignorancia, crujiendo sobre su rostro el látigo de nuestra sátira, que ha de ser ligera y profunda a la vez, suave como una caricia y dura como el bronce.

Elevándonos, no siendo nunca superficiales, no dando lugar a que de nuestra fuerza moral pueda hablarse despectivamente, tendremos derecho a imponernos, y nos impondremos.

Pensad en que la burguesía puede tener interés en que el vicio cunda. Meditad sobre ello. Pensarán que cuantos más obreros haya viciosos, menos enemigos tienen. Porque el obrero que visita el *café concert*, no piensa en emanciparse; porque el obrero que va a las salas de juego, no se defiende contra el que le explota; porque el que se ha dejado dominar por los placeres bestiales de la prostitución, no se rebela. Y así ellos triunfarán siempre.

En lugar de escuelas, prostíbulos. En vez de centros de instrucción, salas de juego. Donde debiera haber un ateneo, hay un *café concert*.

¡Qué alegría para ellos! ¡Y qué vergüenza para nosotros!

¿No os parece que el capitalismo puede, en verdad, estar satisfecho de la existencia de esos antros?

En tanto los haya, serán inútiles nuestros deseos de emancipación. Hace falta procurar que no los haya. ¿Cómo?

Laborando contra ellos. Poniendo al descubierto las consecuencias que pueden traer, combatiéndolos, no visitándolos nunca, que así tendremos el derecho de combatirlos, despertando a los hombres de su sueño de brutalidad; que vean que para el burgués es una satisfacción verle allí, pues que la ignorancia y el vicio de los obreros da margen a su triunfo y a seguir viviendo victorioso del sudor de todos, del hambre de los niños, del dolor social, tan grande, tan horrendo y tan monstruoso, que abarca a todas las clases, desde el obrero que en la fábrica suda, a la desgraciada que en el prostíbulo y en el *café concert* embrutece a los hombres.

¡Todos sufren!
¿Permitiremos nosotros, en silencio, la continuación del sufrimiento?

DIONYSIOS

MITIN ANARQUISTA

Organizado por la Federación de Grupos Anarquistas, efectuóse el pasado domingo, en el gran local del Cine Montaña, el anunciado mitin para exponer una vez más y todas cuantas sean preciso, las ideas salvadoras que constituyen nuestro ideal anarquista, único que saldrá incólume de la actual barbarie europea y ante la quiebra de todas las instituciones, tanto políticas como sociales, cuyos gobiernos son la personificación de todos los crímenes y de todos los atropellos que se cometen en paz y en guerra.

Para esto y para poner de relieve el salvajismo inquisitorial de la autoridad en todos los países del mundo, cuyos pueblos sólo en nuestras ideas hallarán el camino de la emancipación de todas las tiranías, fué convocado el pueblo en el mitin del domingo último.

A las once y media, hora en que se dió principio al acto, el local estaba completamente lleno de trabajadores, entre los que se veían bastantes mujeres.

El compañero Miguel Herrero, que presidía, explicó el objeto del mitin, y

seguidamente hizo uso de la palabra el compañero Jul, quien se ocupó de los compañeros de Cenicero, Cullera, semana de julio de 1909, etc., los cuales están sepultados todavía en los presidios, a pesar de cuanto ha hecho el proletariado actuante para su libertad, porque los gobernantes, los enemigos feroces de las ideas de emancipación, no habiendo podido asesinarlos materialmente de un golpe en momento dado, se complacen reteniéndolos en las ergástulas para que su agonía sea constante.

Refuta algunas tonterías que los políticos emiten sobre las ideas anarquistas y concluye demostrando que éstas son la elevación del pensamiento y la dinámica que ha de hacer una Humanidad digna haciendo Hombres libres de los individuos que componen la sociedad.

García, ocupa la tribuna, diciendo que por primera vez dirige la palabra al público, haciéndolo con una facilidad y energía que impresionan. Su discurso se concreta en desmenuzar el Estado y la propiedad injusta de los bie-

¡Preparémonos!

Preparémonos, sí, si es que no lo estamos.

Esta ha de ser nuestra suprema decisión ante un pueblo amenazado constantemente en sus más hondos sentimientos de paz, por los macabros juegos de las diplomacias y de sus servidores, caudillos políticos, partidarios y propagadores de las contiendas belicosas.

La avidez, la insaciable avidez de hegemonía política, industrial y comercial de las plutocracias europeas, que han convertido a los vecinos países del Norte, de bellas y poéticas regiones, en inmensas necrópolis, en las que el canto a la libertad, como un baldón a las modernas civilizaciones, tro-